

absorbido, como creía Marx, todas las riquezas; pero han acaparado su dirección. Ellos solos, y sus servidores más directos, comprenden el funcionamiento de la máquina. Y aquí está el secreto de su dominio. No descansa únicamente en la fuerza frágil de las armas y de la policía, como creen aún demasiados revolucionarios, ni descansa siquiera en la supremacía frágil del dinero. Descansa sobre la única fuerza fecunda y que no puede ser apropiada con un golpe: la «competencia», la inteligencia.

Pues bien; la acción parlamentaria, por el hecho de que hace creer al pueblo que todo problema puede ser resuelto por una votación de la mayoría, desvía la masa de esta preocupación y de este esfuerzo. Impide el nacimiento de una *élite* obrera. Convierte todo un pueblo en una multitud de menores en tutela, condenados a la explotación de los hacendistas y al ilusionismo de los charlatanes políticos.

Es el mayor crimen que se le puede reprochar; rebaja los espíritus, envilece las conciencias, castra las voluntades e impide la formación en los